

Manuel Ugarte  
Tres siluetas de ayer: Blasco Ibáñez, Ingenieros, Monteavaro  
(*La Opinión* [Los Ángeles], 15-10-1930)

La memoria es caprichosa y revive a veces arbitrariamente las impresiones. Al pensar en la incertidumbre de nuestra vida literaria, me he acordado, no sé por qué, de tres escritores que se fueron: Blasco Ibáñez, Ingenieros, Monteavaro. No voy a hablar de la obra sino del carácter, en el trato familiar.

[...] De Blasco Ibáñez, que vivió como yo en la Costa Azul, y con quien cultivé siempre la más franca amistad, he de hablar algún día largamente. La baja emulación y la malevolencia de algunos han rodeado su nombre de un ambiente desapacible y hostil. Será justicia restablecer la figura en sus verdaderas proporciones.

Pocos meses antes de su muerte lo encontré en Montecarlo, en una de las salas de juego. Blasco Ibáñez no era, ni lo soy yo, un entusiasta de la ruleta. Pero aunque no jugaba, se complacía en observar ese mundo multicolor y heterogéneo que se afana por arrancar a la casualidad una sonrisa efímera.

—Vea usted —empezó a decirme con su voz amplia que levantaba ecos inusitados en aquel templo cauteloso donde todos se hallaban abstraídos en su locura y no se oye más que el rumor de las fichas y el «rien ne va plus» de los crupieres —aquí nunca ha ganado nadie.

Y como yo hiciera un gesto, insistió:

—Todos, absolutamente todos dejan en la mesa de juego cuanto traen. A veces hasta las prendas de vestir. El único que salió bien fue un valenciano que en tiempos en que se jugaba con las monedas mismas, puso sobre el tapete un duro falso y le dieron uno bueno. Pero, los demás, toda esa gente que usted ve alrededor de las mesas, perderá siempre, siempre, siempre.

Los jugadores se volvían al eco de la voz española clarineada con acento de orador, hasta que le dije:

—Vamos a beber un refresco allá afuera...

Y cuando estuvimos al aire libre, sentados frente a nuestras dos naranjadas «glacés», hubo como un desarme de las jactancias vanidosas.

Con tristeza me confesó:

¡Si supiera usted como estoy! No veo casi...

Porque Blasco era entre amigos el más llano, el más cordial, el más modesto de los hombres, aunque esto último, dada la leyenda, pueda parecer imposible. En realidad solo en la escena tocaba sus trompetas de Jericó.

Buen comensal, comía y bebía como conversaba, sin medirse, cediendo a un ímpetu meridional y comunicativo. Todos sabíamos que en presencia de los importunos sacaba a relucir sus estridencias:

—Como mi automóvil no hay más que dos en el mundo; uno lo tiene el rey de Inglaterra y otro yo.

Pero eso solo marcaba una reacción de su orgullo. Ante la amenaza se hacía una bola de púas como el erizo...

Niza, 1930.